

Horacio Tarcus,  
*Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*,  
Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2001, 320 páginas

Nos encontramos ante un libro de itinerarios múltiples situado en la encrucijada de algunos problemas de la cultura y la política de América Latina a comienzos del siglo pasado. Horacio Tarcus nos invita a un nuevo recorrido de esta historia de los años de entreguerra a través de un mapa donde se cruzan las vidas y los proyectos de diversos integrantes de aquel mundo intelectual, comenzando por Mariátegui y siguiendo por Glusberg, Victoria Ocampo y Waldo Frank, para dejarnos al fin en una última estación que el llama: “El silencioso recorrido del mariateguismo argentino”.

Algunos de estos personajes –hablamos de Mariátegui, Victoria Ocampo y en menor medida Waldo Frank– han sido visitados una y otra vez por la crítica histórica con insistencia y suerte diversa. Horacio Tarcus da cuenta de ello en una precisa síntesis. No parece sin embargo haber ocurrido lo mismo con la zona en la cual sus vidas y sus proyectos intelectuales se cruzaron.

De modo que el trabajo de Tarcus viene a iluminar –discontinuada, como un flash disparado sobre fotos de época– ese espacio escasamente transitado pero inmensamente rico para comprender el proceso de conformación de nuestro campo intelectual, de las ideas que allí batallaron, de los posicionamientos cambiantes,

de los proyectos y en fin de los desencuentros que marcaron su epílogo.

Entre Buenos Aires, Lima y Nueva York, se desarrollan unas historias que en principio pueden parecer “pequeñas” pero que una vez recuperadas del olvido encuentran su lugar en la historia mayor de la vida intelectual de nuestro continente.

Esas historias iluminan, a nuestro entender, tres cuestiones en particular:

1) Las redes que, conformadas a partir del doble impulso que la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria, construyeron un sistema de relaciones entre nuestros intelectuales que hoy sorprende –y sorprende todavía más en esta época de redes virtuales y de múltiples resortes institucionales de promoción intelectual–.

2) La profesionalización e institucionalización del campo estético-literario y los distintos reacomodamientos de éste hacia el final de la década de 1920. Este asunto es especialmente tratado en el libro cuando se abordan los complejos episodios previos a la fundación de la revista *Sur*.

3) La política con mayúsculas. Aquí entendida como la compleja relación entre los intelectuales y unos sujetos colectivos (los partidos) que hacia la década de 1930 parecen hacerse ellos también eco del “llamado al orden” que

sintomáticamente el campo estético venía proclamando desde el fin de la Guerra, en paralelo con el desarrollo de las vanguardias o más bien como parte del mismo proceso. Aquí el trabajo de Tarcus da cuenta de los conocidos sucesos que promovió la activa presencia de la Komintern y su relación con la izquierda latinoamericana y los menos conocidos de la aparición de los primeros trotskistas argentinos, que se desarrollan en un apartado del libro.

Los “movimientos” que el libro propone para su lectura se constituyen en estaciones sucesivas –aunque no necesariamente ordenadas por la cronología– del viaje que las nuevas generaciones emprendieron a partir de 1918 y que encontrará hacia 1930 una dolorosa estación donde muchos de ellos se apearán mientras otros cambiarán de ruta definitivamente. Tal vez por eso ese aire de melancolía –muy argentina– que recorre el texto.

En la Introducción se anuncia el problema central que se va a abordar en las páginas siguientes: la recepción de Mariátegui en la Argentina y la vinculación de su pensamiento y su acción con nuestro campo intelectual y político. Como veremos, el libro aporta sobre este punto pero a nuestro entender lo hace más sobre las tres cuestiones que mencionamos antes.

Lo novedoso y sugestivo del trabajo de Tarcus se construye desde la misma elección de las fuentes, muchas de ellas inéditas hasta aquí. Especial mención en este sentido merece la correspondencia entre Mariátegui y Pettorutti (pp. 103-114) ya que ella permite introducirnos en el largo capítulo de la construcción de la imagen plástica en el período de entreguerras en América Latina, momento atravesado por la programática –y problemática– confluencia entre nativismo y vanguardias.

Pero, sobre todo, la incorporación de la figura de Samuel Glusberg como articulador de relaciones en el campo intelectual es la que permite, como el mismo autor afirma, trabajar los debates de la época sobre la base de “figuras ‘excéntricas’, las que nos permiten rastrear otros itinerarios de las ideas de Mariátegui en la Argentina. Carlos Sánchez Viamonte, Alejandro Korn y los reformistas platenses; Antonio Gallo, Tristan Maroff y los marxistas antiestalinistas; Glusberg y los intelectuales independientes (en un arco que incluye desde los escritores izquierdistas como Martínez Estrada, que pasa por figuras en transición como Ramón Doll y llega hasta Leopoldo Lugones)” (p. 16).

Es que aquellas redes intelectuales, de las que las revistas son el vehículo privilegiado, con su asombrosa capacidad de comunicación y de articulación de discursos, serían imposibles de comprender sin estudiar esta serie de personajes: los propiciadores-animadores-

organizadores culturales, de los cuales Glusberg es un ejemplo entre otros (es el caso del hoy prácticamente desconocido Brandán Caraffa, editor de *Inicial* y de la segunda revista *Proa*). Aquellos personajes que hoy aparecen en un plano secundario y aun oscuro, no fueron considerados así en su tiempo. Sin personajes como Glusberg y Caraffa, sin aquellas voluntades a veces delirantes, no hubiera sido posible la construcción de aquella red de intelectuales latinoamericanos. El libro de Horacio Tarcus en este punto es, digámoslo ahora, un homenaje a la *voluntad intelectual*. Ése, acaso, hubiera podido ser su mejor subtítulo.

Con esto queda establecido que la actividad de Glusberg como editor no es un dato menor: la red latinoamericana de revistas es la expresión material de la empresa generacional de renovación a lo largo del continente. Tarcus cita con acierto desde ya a *Amauta* y a sus compañeras: *Sagitario*, *Valoraciones*, *Claridad* y *La Vida Literaria* y estamos seguros de que esta lista puede ampliarse considerablemente, tanto como el historiador quiera ampliar la malla textual del movimiento de renovación estética y política americana durante el período de entreguerras.

Y es precisamente esta actividad incansable de promotor cultural que lleva adelante Glusberg la que permite a Tarcus enfocar otro problema que puede seguirse en la correspondencia anexa del editor con Mariátegui y Frank (pp. 115-226): el problema del mercado. Porque, si como ha señalado la historiadora del arte

Diana Weschler en su tesis, y para el caso argentino, hay una dualidad manifiesta en la actitud de las vanguardias plásticas entre los gestos de ruptura y a la vez la ocupación de los espacios en las redes formales establecidas, esto se cumple también para el campo específicamente literario. No se trataba sólo de “crear ambiente” sino de vivir dentro de él. La profesionalización del escritor y la consecuente tarea de construcción de un mercado literario ampliado están siempre en el revés –y a veces en el primer plano– de las intervenciones políticas y culturales de las nuevas generaciones.

Volvamos al libro. Los dos primeros movimientos del texto: “Mariátegui descubre a Lenin” y “Glusberg descubre a Frank”, despliegan las claves biográficas necesarias para introducirnos en el problema. Tarcus presenta aquí el sistema de lecturas cruzadas que realizaban los jóvenes intelectuales de entonces. Las revistas literarias y políticas –casi siempre ambas cosas a la vez– vinculaban por entonces vidas y proyectos en una demostración de la potencia que la palabra escrita y las imágenes plásticas tenían. Esta red generacional construida a partir de la Reforma del 18 hacía que todos los encuentros fuesen esperables y casi todos los proyectos posibles.

Pero, esta imagen idílica de aquel pasado se complejiza, se exaspera, y finalmente estalla al avanzar en la lectura del libro, porque si, como pensamos, el punto central del trabajo es el abordaje de las relaciones entre el campo intelectual y la política

militante –desde el APRA a los partidos comunistas, desde los epígonos del reformismo universitario a los marxistas críticos–, estas relaciones entrarán en tensión hacia fines de la década de 1920 coincidentemente con el proceso de “bolchevización” de los PC abierto en 1928, pero tal vez no sólo por esto. Entonces las estaciones que comenzarán a recorrerse serán las del desencuentro.

Sin embargo, el tercer movimiento, titulado “El triángulo Frank, Mariátegui, Glusberg”, se desliza todavía sobre un conjunto de certezas que por entonces movilizaban las voluntades de estos personajes. Certeza de Mariátegui de la viabilidad de una construcción heroica del socialismo –para decirlo en sus palabras– y de la importancia de Buenos Aires como centro de la cultura moderna de Sudamérica; certeza de Glusberg acerca de la necesidad de vincular al peruano y a Frank en una obra común de carácter americanista, y certeza, al fin, de Frank de que la empresa sería posible ya que en la América Hispana se encontraban, más que latentes, evidentes, las fuerzas espirituales capaces de enfrentar y derrotar el materialismo norteamericano. Fuerzas muy concretas condujeron a los actores del drama desde este universo de certezas compartidas a un escenario de decepción final.

La situación de Mariátegui en Lima, asediado por la policía de Leguía, aislado doblemente por su ruptura con el APRA y la posterior polémica con los agentes de la

Komintern, especialmente el ítalo-argentino Vittorio Codovilla, hacía que la continuidad de su obra fuese casi imposible en su país. Buenos Aires prometía ser por entonces el lugar ideal para intentar nuevas empresas político-culturales. Tarcus describe y analiza las sucesivas instancias de este proceso que nos entrega a un Mariátegui rodeado de intrigas y en soledad hacia el final de su vida.

En este punto queda, a nuestro criterio, pendiente un problema que tal vez debería plantearse para completar el itinerario elegido por el autor, y que está contenido en las polémicas estético-políticas que tuvieron lugar en la revista *Amauta*. Allí se vislumbra un conjunto de problemas de difícil resolución, con los que el intelectual peruano se encontrará una y otra vez en su intento de construir una opción revolucionaria doblemente enlazada con la realidad americana y las nuevas orientaciones estéticas europeas. Queremos decir explícitamente que la polémica política entre Mariátegui y la Komintern tuvo un anticipo en las páginas de *Amauta* bajo la forma de una discusión sobre el arte de vanguardia y su relación con el compromiso revolucionario. Esta polémica tuvo como participantes al propio Mariátegui, a Magda Portal, Alberto Urquieta y al imprevisible Alberto Hidalgo. Y aún más: si en sendos artículos de *Amauta* se habían glosado algunas ideas de Trotsky sobre la relación entre nueva estética y política –por Espinoza Bravo y por el mismo Bretón–, en sus últimos

números, que muestran ya la impronta del comunismo cominteriano, podemos encontrar sobradas muestras de adhesión a la estética del “realismo socialista”.

El título del cuarto movimiento de la obra de Tarcus es elocuente: “El imposible triángulo entre Frank, Glusberg y Victoria”. Se trata de la tríada que supuestamente debía contener al peruano en su instalación en Buenos Aires, publicando una revista continental que tendría por título *Nuestra América*. La descripción del proceso que llevará al fracaso de este proyecto y subsiguientemente al nacimiento de *Sur*, apoyado en abundante documentación (especialmente la correspondencia entre Frank y Glusberg), ilumina grandezas y miserias, acaso más de éstas últimas, de nuestro campo literario. A Mariátegui ni se lo considera, a Glusberg, digámoslo sin eufemismos, se le cierran las puertas en la nariz.

Glusberg denunciará entonces el espíritu de camarilla de los jóvenes que rodean a Victoria (Mallea, M. R. Oliver, Borges) aunque es en cierta forma benévolo con ella. Tal vez no desea enemistarse definitivamente con esta figura tan potente, culturalmente tan potente, económicamente tan potente. Problemas nuevamente del mercado, de un mercado que, no siendo en realidad tan grande, impone, aunque no se lo desee, volver a encontrarse con frecuencia.

La pregunta que queda a nuestro juicio pendiente es: ¿Qué pasa con el grupo de Boedo, con los “Artistas del

Pueblo”?. ¿Por qué no acude Glusberg a ellos? Tal vez Tarcus debió haber realizado una escala de su viaje intelectual en esta estación del arte de izquierda argentino, para así completar el *fresco* de época que su libro nos ofrece.

Todo esto último acontece a comienzos de 1930. Mariátegui muere por entonces en Lima, Glusberg continúa su obra editorial, pero deriva inexorablemente hacia el cono de sombra que veló para muchos su existencia. Vendrá su autoexilio chileno –paradójicamente, lo que no se cumplió en el peruano se cumplirá en él– y con éste una interesante relación con Trotsky. Mientras tanto en la Argentina se producía lo que Tarcus denomina “El silencioso recorrido del Mariateguismo

Argentino” y la confluencia entre sus seguidores y los primeros trotskistas locales: Héctor Raurich y Antonio Gallo.

Por último, me permitiré citar un párrafo del libro que tal vez resuma el aporte que éste hace a nuestra historiografía, abriendo a su vez nuevas líneas de investigación:

No deja de ser significativo que el encuentro de Mariátegui con Glusberg, un intelectual de izquierdas independiente, luego trotskista y socialista libertario, sea casi simultáneo al desencuentro entre Mariátegui y los comunistas, y que sean, en nuestro país, Gallo y los primeros trotskistas quienes sepan apreciar desde un comienzo su obra y su figura. Esos ignotos trotskistas, cuyas pistas casi se han perdido, y a pesar de su lugar marginal en la historia política e intelectual de

nuestro país, jugaron el rol de un importante eslabón en la transmisión de una herencia marxista crítica, heterodoxa, para la siguiente generación. Gracias, en buena medida, a su mediación, fueron posibles en los cincuenta y sesenta un Milcíades Peña y un Silvio Frondizi (p. 80).

Tal vez sea cierto que volviendo a explorar los márgenes despreciados por las diversas hagiografías de izquierda y de derecha podamos entender mejor las centralidades de nuestra historia política e intelectual, o acaso podamos descubrir, una vez más, la inestabilidad de las mismas.

*Fernando Diego Rodríguez*  
UBA